
Ajena a los Mejores Valores del Primer Mundo

La Modernización Selectiva

- ★ Imperdonable que se Volviera a Frustrar el Intento
- ★ Ninguna "Magia del Mercado" en Teléfonos de México
- ★ Resulta Decepcionante el Sistema Fiscal Implantado

LORENZO MEYER

Todo lo que se podía decir sobre el drama del Golfo Pérsico ya se ha dicho; llegó la hora de los hechos. Visto desde México, el choque en el Oriente Medio es absurdo e injustificable desde cualquier ángulo que se le mire, el norteamericano o el iraquí. Afortunadamente el gobierno mexicano rectificó su posición inicial y en el último momento decidió no comprometer al país en una batalla que no es la nuestra. En México tenemos nuestra propia lucha y con ella nos basta. Se trata de dar la batalla contra las malas herencias que nos impiden llegar a la verdadera modernidad, una que a final de cuentas es básicamente moral.

El gobierno actual ha manifestado repetidamente que el objetivo central de su acción no es otro que el de crear las condiciones para que México deje de ser un país del Tercer Mundo e ingrese al primero. Tan ambiciosa meta no es nueva; es la misma que, con los términos propios de su época, propuso a la nación recién

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

LA MODERNIZACION SELECTIVA

Sigue de la primera plana

nacida Agustín de Iturbide. Desafortunadamente, ni entonces ni ahora a tan loable propósito lo ha acompañado la buena suerte y el difícil conjunto de acciones colectivas que se necesitan para hacerlo realidad. Por una parte, los valores y actitudes de la sociedad mexicana —moldeada por el cineel colonialista— han sido más difíciles de modificar de lo que ha supuesto el optimismo criollo, cuando éste ha existido. Por la otra, con monótona frecuencia las diferentes élites políticas que México ha tenido se han resistido a pagar uno de los precios que les exige la modernización: respeto real y concreto a la dignidad de los mexicanos y, por tanto, aceptación de los principios democráticos de responsabilidad e igualdad.

Hoy, el puñado de personas que toman las grandes decisiones políticas en México son, en conjunto, un grupo con un conocimiento de primera mano de la naturaleza del mundo al que deseamos que llegue el país que dirigen y por tanto se puede asumir que conoce bien las maneras de pensar y actuar —los valores, objetivos y códigos de conducta— de los círculos del poder de las grandes potencias industriales del Primer Mundo, en particular las anglosajonas. Sin embargo, conocer no significa necesariamente aceptar.

Los hechos demuestran que si bien como resultado de su vocación y educación los gobernantes mexicanos conocen el modelo político y económico que impera en el mundo desarrollado, de ninguna manera eso significa que realmente lo han adoptado como propio en su totalidad. No, la élite

mexicana es selectiva ante los elementos que constituyen la verdadera modernidad. Por un lado, ese grupo se mueve con facilidad en los círculos de los poderosos del primer mundo, pero ello no le ha obligado a abandonar ciertos valores y costumbres premodernos que absorbió en su primera juventud durante su proceso inicial de socialización, y por ello no puede hacer realmente propios algunos de los mejores valores que las sociedades industriales de Occidente tienen que ofrecer al resto del mundo, y que no son el consumismo o la desigualdad económica creada por las leyes del mercado, sino la democracia política y el respeto y tolerancia del pluralismo, la división real de los poderes del Estado, la profesionalización del servicio público, la efectividad e imparcialidad del proceso de impartición de la justicia, el respeto a los derechos humanos y otros similares.

En principio, lo que los gobernantes mexicanos se proponen es empujar al país por la senda de la modernidad vía la llamada "magia del mercado" y que tan buen éxito ha tenido en los países anglosajones. Europa Occidental, Japón y los "tigres" asiáticos. Sin embargo, en la práctica esta modernización se está poniendo en práctica de manera un tanto peculiar, que recuerda más a la que tuvo lugar, por ejemplo, hace 120 años en Estados Unidos que a la actual. En efecto, como se recordará después de la guerra civil estadounidense, un puñado de individuos —los llamados "robber barons" o "ladrones de alcurnia"— descubrieron lo conveniente que resultaba para ellos usar el poder del

Estado para inducir al mercado a operar en favor de sus empresas y acumular así fortunas enormes. Ese fue el caso, por ejemplo, de Andrew Carnegie en los ferrocarriles y el acero o de John D. Rockefeller en la refinación de petróleo. Bueno, pues el caso de Telefeos de México y Carlos Slim y sus socios extranjeros parece salir directamente de esa época en que al norte del río Bravo los "big business" y los líderes del gobierno andan sin pudor alguno del brazo y por la calle en beneficio de ambos y en detrimento del interés general. ★

Desde el gobierno se nos ha dicho una y otra vez que la eficiencia en la provisión de bienes y servicios es mayor en la empresa privada, pues sólo ahí tiene lugar la "magia del mercado", y que justamente por eso Telefonos de México —una empresa estatal con ganancias pero notoria por su ineficiencia e incapacidad de satisfacer una demanda creciente— debía ser privatizada. Bueno, una vez que Telmex pasó a manos privadas se le autorizó un aumento espectacular en el costo del servicio sin necesidad de exigirle que mejorara su eficiencia. De acuerdo con un análisis publicado a principios del mes, mientras el aumento real autorizado del servicio telefónico en 1991 sería nada menos que de 1257.4 por ciento! (El Financiero, 7 de enero). La protesta que se desató en ese momento hizo que la empresa recién privatizada retrocediera un poco y con un gesto de generosidad accediera a que el aumento real fuera de sólo 1170 por ciento! (El Financiero, 9 de enero).

Con aumentos de 18% en el salario y de 170% en las tarifas, no se requiere de la magia del mercado ni ser un genio de las finanzas para tener éxito como empresario. Y como el servicio telefónico en México es un monopolio el efecto positivo del mercado para el consumidor que surge con la competencia no existe. La Constitución mexicana prohíbe los monopolios como es también el caso en un buen número de las sociedades desarrolladas, pero en México esa prohibición no pasa del papel a la realidad. En conclusión, la "modernidad" que el gobierno nos ofrece en el caso telefónico tiene, respecto de su modelo original —el anglosajón— una antigüedad de más de un siglo, pues nosotros aún estamos en la etapa de los "robber barons".

¿Y qué decir del sistema fiscal? Se dijo en la prensa que el nuevo sistema fue elaborado en consulta con especialistas de la Universidad de Chicago, el resultado es igualmente decepcionante. Por un lado, un buen número de contribuyentes pagamos al fisco tarifas impositivas iguales a las del primer mundo, es decir, el gobierno nos quita alrededor de un tercio de nuestros ingresos y acaba de crear una Policía de Hacienda (como la de El Salvador) elegantemente uniformada para asegurar que la recaudación sea justamente la que aprobó una mayoría legislativa constituida por la vía del partido de Estado, o nada se parece a los que de la modernidad —la predominan en los países auténticamente modernos. Pero eso no es todo, a la dudosa legitimidad de la autoridad que impone los altos impuestos hay que añadir la pésima calidad de los servicios que ofrecen como te imperdonable.

En resumen y para concluir, la meta anunciada en el discurso expresado desde el poder, es la modernización rápida y total de la sociedad mexicana por la vía del mercado como la única manera, dolorosa pero necesaria, de hacer realidad un viejo proyecto: el de transformar a México en una nación digna, respetada y con niveles de vida propios del primer mundo. Sin embargo, la adopción selectiva de los ingredientes de la modernidad —la privatización no, monopolio estatal no, pero privado sí, impuestos sí, pero servicios no, etcétera— puede terminar por volver a frustrar el intento, lo que sería históricamente imperdonable.